

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)



cepoAt

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

CIJIMA III

III Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo
(7 y 8 de abril de 2016)
www.um.es/cepoat/cijima

© De los artículos: los autores

© De esta edición: Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía

COMITÉ ORGANIZADOR:

Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)
Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia)
José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)
Pedro David Conesa Navarro (Universidad de Murcia)
José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

COMITÉ CIENTÍFICO:

Alejandro Egea Vivancos (Universidad de Murcia)
Laura Arias Ferrer (Universidad de Murcia)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Nuria Castellano Solé (Universidad de Barcelona)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Carlos Molina Valero (Universidad Complutense de Madrid)
Celso Sánchez Mondéjar (Universidad de Murcia)
Josep Padró i Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Helena Jiménez Vialás (Université de Toulouse)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)

**CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA**

CIJIMA III

2016

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat/cijima>

Portada: *Opus reticulatum* en Ostia Antica (Italia, 2007). Fuente: CEPOAT.
I.S.B.N.: 978-84-931372-5-0
Año publicación: 2017
Depósito Legal: MU 551-2017
Maquetación: José Javier Martínez, Lucía García Carreras
Edición y Fotocomposición: CEPOAT

INDICE:

Prólogo

Helena Jiménez Vialás 9

PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO

La ruptura de Amarna: hechos, teorías, causas y consecuencias

Iria Souto Castro 13

Las capillas de la barca de Amón en el Antiguo Egipto

Irene Sáenz Blázquez 55

Preámbulo sobre el estudio iconográfico de diferentes divinidades y entes mitológicos serpentiformes en el antiguo egipto

Marta Arranz Cárcamo 83

La concepción de los niños tras la muerte en el Antiguo Egipto

Laura Burgos Bernal y Jessica Mogollón Montaña 101

La colección de amuletos egipcios de la familia matthews-beyens. estudio preliminar

Olga Navarro-Cía 123

Tendencias historiográficas y perspectivas actuales para el estudio de las relaciones interculturales en el próximo oriente antiguo

Juan Álvarez García 157

GRECIA

Dinámica e interacción entre los primeros reyes Mérmnadas y las poblaciones griegas de la península de Anatolia.

Alessia Facchin Díaz 191

De la música oriental a las prácticas musicales de la Grecia Arcaica

Luis Calero Rodríguez 217

La pederastia institucionalizada en la sociedad espartana

Unai Iriarte Asarta 233

Las representaciones femeninas aladas y el fin de las tiranías en la moneda griega de Sicilia: análisis comparativo iconográfico.

José Miguel Puebla Morón 249

PENÍNSULA IBÉRICA PRERROMANA

Los kalathoi ibéricos: funcionalidad, contenido y simbolismo. el ejemplo de la cesetania

David Camuña Pardo 263

El tesoro de el carambolo (camas,sevilla):viejas y nuevas teorías de un conjunto clave en la materialización de la cultura tartésica

Pedro Miguel Naranjo 289

ROMA

Culto imperial en las capitales provinciales altoimperiales de hispania

Dámaris López Muñoz 319

TURRIS CAEPIONIS, antiguo faro de Chipiona. Ubicación y visibilidad desde la costa en época romana

M^a Soledad Gómez Muñoz 353

Los ajuares egipcios en las necrópolis de la Hispania romana. ¿Importación o reutilización?

Carmen Muñoz Pérez 381

La influencia del pensamiento griego en la actividad política de Tiberio Graco

Juan García González 415

Antecedentes del conflicto cristiano-pagano antes del siglo IV d.C.

Marina Murillo Sánchez 453

Apocalíptica y fin del mundo en el cristianismo primitivo: el anticristo en comodiano y victorino de petovio

Jorge Cuesta Fernández 483

Juicios para una nueva era. Las valoraciones de Orosio sobre los emperadores perseguidores de los cristianos.

Antonio José Meseguer Gil 509

Los bárbaros a las puertas de las ciudades: el engaño como método de conquista a través de la crónica de hidacio de chaves (s. V)

Benito Márquez Castro 521

EL TESORO DE EL CARAMBOLO (CAMAS, SEVILLA): VIEJAS Y NUEVAS TEORÍAS DE UN CONJUNTO CLAVE EN LA MATERIALIZACIÓN DE LA CULTURA TARTÉSICA¹

Pedro Miguel Naranjo
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El tesoro de El Carambolo, hallado en Camas (Sevilla) a finales de los años cincuenta del siglo pasado, vino a materializar una “cultura fantasma” que sólo se reflejaba en las fuentes escritas. Tanto el tesoro como el yacimiento en el que se documentó fueron adscritos de forma inmediata e intuitiva a la cultura tartésica, una consideración que se ha mantenido hasta hace pocos años tras las últimas intervenciones que lo han catalogado como un santuario fenicio relacionado con *Spal*. Esta valoración ha determinado una nueva interpretación para el tesoro, la cual adolece de algunas fisuras al igual que la consideración de las nuevas estructuras exhumadas como santuario fenicio. Ante el nuevo panorama, se ha pretendido hacer un breve recorrido por las distintas interpretaciones desde 1958 hasta la actualidad.

Palabras clave: el Carambolo, tesoro, Tartessos, orfebrería.

ABSTRACT

The Treasure of El Carambolo, found in Camas (Sevilla) towards the end of the 1950s, brought to light a “phantom culture” which could only be seen in written sources. Both the treasure and the site where it was discovered were immediately and intuitively labelled as part of Tartestic culture, a belief which was held until recent years, when the latest interventions defined it as a Phoenician sanctuary related to *Spal*. This assessment has provided a new interpretation of the treasure, which suffers from some fissures, in the same way as recently excavated structures are considered a Phoenician sanctuary. In view of these new findings, I have tried to give a brief outline of the different interpretations from 1958 to the present day.

Keywords: el Carambolo, treasure, Tartessos, goldsmith.

1. Mi más sincero agradecimiento a Emma Perazzone Rivero por la cesión de los medios necesarios para la realización de un material fotográfico de tan alta calidad. También quería agradecer a Rafael Díaz-Maroto Silva su disposición y amabilidad a la hora de retocar dicho material, un trabajo que ha consistido fundamentalmente en una mayor luminosidad de las réplicas expuestas en el MAN (Figs. 4-12).

EL YACIMIENTO: ¿ DE POBLADO TARTÉSICO A SANTUARIO FENICIO?

A partir del día 30 de septiembre de 1958, Camas, un pueblo que dista pocos kilómetros de la capital hispalense, será sobradamente conocido en el mundo de la arqueología por el descubrimiento de un hallazgo insólito que potenciará los estudios de la Protohistoria peninsular. Tanto es así que, para Pellicer (1976, pp. 235-240), dicho acontecimiento marcó una nueva etapa dentro de la historiografía tartesia, un hito que inaugurará una serie de trabajos arqueológicos en toda la Baja Andalucía en esa búsqueda del mítico reino de Argantonio. Pero esta repercusión no sólo se proyectó en los foros académicos, sino también en la memoria cultural de la población sevillana que siempre relacionó el tesoro con el ámbito regio. Buena muestra de ello fue la caja de arras que la ciudad de Sevilla regaló a la infanta Elena de Borbón en 1995 con motivo de su boda (De la Bandera *et al.*, 2010, p. 299).



Figura 1. Conjunto original de El Carambolo, (Carriazo, 1973: Fig. 31).

El fabuloso conjunto áureo (Fig. 1) venía a incorporarse a un *corpus* material que desde hacía unas décadas estaba materializando la cultura tartésica que, hasta entonces, sólo venía reflejada en las fuentes escritas sin ningún resto material que refrendara su existencia. El criterio de clasificación lo marcó el profesor Maluquer de Motes (1957, pp. 157-168) en su artículo sobre el “bronce Carriazo”, un criterio fundamentado en la amalgama de influencias indoeuropeas y orientales en la configuración de la identidad cultural de Tartessos.

Este hallazgo, sacado a la luz de forma casual en las inmediaciones del cerro de El carambolo (Camas, Sevilla) (Fig. 2) por las obras de ampliación de la Real Sociedad

de Tiro al Pichón, ofrecía un conjunto de 21 piezas de un oro muy puro que se recogían en el interior de un gran recipiente cerámico a mano de paredes curvas, pasta negruzca colmada de gránulos de sílice y superficie exterior alisada, de color cuero y sin decoración (Carriazo, 1969, pp. 314, 334). Desgraciadamente, las circunstancias del hallazgo no se adscribieron a un contexto de excavación arqueológica, sino que fueron los obreros que efectuaban las obras de ampliación de dicho complejo de ocio los que exhumaron las piezas, dañando incluso uno de los pectorales para comprobar su naturaleza áurea (Fig. 1). En un primer momento decidieron repartirse los ejemplares, aunque pocos días después lo pusieron en conocimiento de las autoridades pertinentes.



Figura 2. Ubicación del cerro de El Carambolo en la paleodesembocadura del Guadalquivir (Escacena y Amores, 2011: Fig. 1).

El Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas puso al frente del hallazgo a Juan de la Mata Carriazo y Arroquia², Delegado de la Zona, que no dudó en adscribir a la cultura tartésica el conjunto exhumado cuando lo vio por primera vez el 2 de octubre de ese mismo año (Carriazo, 1969, p. 314). Así lo comunicó públicamente en sus declaraciones al diario ABC el 10 de octubre de 1958 (ABC, 17198) y en su artículo del 16 de noviembre de ese mismo año que tituló “un tesoro digno de Argantonio” (ABC, 17230, pp. 37-41). Ante la excepcionalidad del hallazgo, Carriazo sondeó la zona y, tras constatar

2. Un reciente estudio sobre la trayectoria académica de Juan de la Mata Carriazo y Arroquia puede consultarse en: Mederos, 2010, pp. 61-96.

una estratigrafía arqueológica regular, decidió comenzar los trabajos arqueológicos en lo que denominó “Carambolo Alto” (Fernández Flores y Rodríguez, 2007, pp. 50-51; Álvarez, 2010, p. 54). Para ello solicitó la visita del profesor Juan Maluquer de Motes Nicolau, catedrático de la Universidad de Salamanca, cuya experiencia en el mundo de los estudios tartésicos era conocida en el mundo académico.

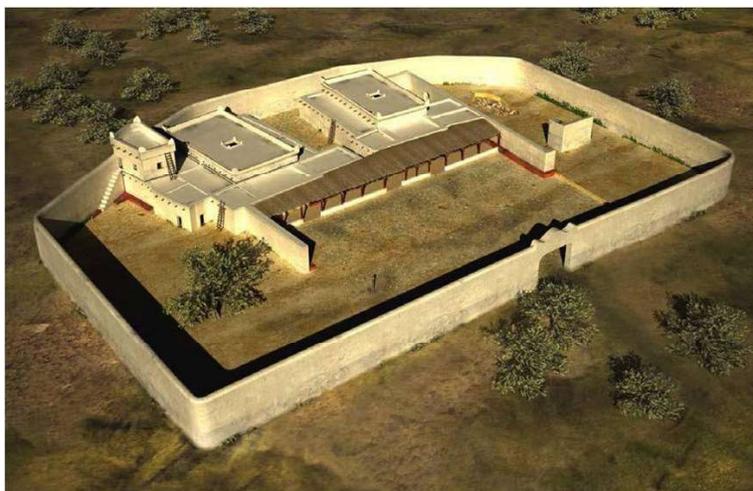


Figura 3. Reconstrucción virtual de El Carambolo III, fase en la que se colmató la fosa interpretada como “fondo de cabaña” (Escacena y Amores, 2011: Fig. 4).

La zona excavada ofreció a Carriazo cuatro niveles arqueológicos que correspondían, según Maluquer, a la trayectoria de una rudimentaria vivienda de planta oval que fue catalogada como “fondo de cabaña” (Maluquer, 1994, pp. 28, 34-35). Los niveles inferiores (IV y III) destacaban por los potentes niveles de ceniza que revelarían una sucesión de incendios previos a la destrucción de la choza, con la colmatación de material que ello suponía (niveles II y I), siendo el nivel III el supuesto contexto en el que se recogían las joyas. La consideración de una rudimentaria choza por el catedrático siempre fue puesta en duda por Carriazo, no sólo por el contraste de la riqueza de las joyas frente al material documentado, sino por la ausencia de elementos que revelaran un espacio habitacional tales como huecos de postes, muros... Tan sólo aparecieron pellas de barro con imprimaciones vegetales que debían corresponder a la techumbre o paredes de la vivienda (Carriazo, 1973, pp. 202-227, 233; Aubet, 1992-93: 329-350). No obstante, y pese a sus dudas, asumió dicho contexto doméstico desde el principio (Carriazo, 1969, p. 312).

Las distintas percepciones entre Carriazo y Maluquer de las evidencias arqueológicas en el “Carambolo Alto” también quedaron reflejadas en el estudio estratigráfico de este último que, sin llegar a registrar el Nivel IV de Carriazo por su ausencia en el yacimiento, documentó varios niveles denominados por letras mayúsculas.

Entre ellos destaca el estrato E, posiblemente el del tesoro ya que las joyas presentaban adherida la tierra amarillenta que lo caracterizaba (Maluquer, 1994, pp. 22, 28-29).

La cantidad de material documentado fue muy abundante, clara evidencia de una larga actividad durante un largo periodo de tiempo (niveles IV-III) hasta su posterior destrucción (niveles II-I). Lo más relevante de las producciones cerámicas fue la constatación de unos horizontes ausentes hasta el momento en las tablas tipológicas, unos registros que vendrían a solventar la gran laguna en el conocimiento de las producciones cerámicas del Bronce Final-Hierro I en la Baja Andalucía y que fueron relacionadas con el mundo tartésico (Carriazo, 1973, pp. 472-477).



Figura 4. Collar de El Carambolo
(Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

La obra de Carriazo sobre El Carambolo (1969, pp. 311-340; 1970, 1973) constituirá la “base de datos empírica” a partir de la cual los distintos autores fundamentaron sus hipótesis, aunque la calidad de su producción científica fue bastante deficiente y nunca permitió concretar aspectos tan importantes como la cronología. Aunque Carriazo (1973, pp. 292-293) señaló tímidamente la posible existencia de un contexto sagrado, fue el

profesor Blanco Freijeiro (1979, pp. 95-96) el primero en proponer un entorno sacro para el Carambolo Alto. Para él, el supuesto fondo de cabaña presentaba concomitancias con los templos que se registraban en el Egeo durante el Periodo Geométrico y Orientalizante, de ahí la presencia de una cerámica de una excelente calidad. En esta línea se situó también Blázquez (1983, pp. 38-41) quien señaló a Astarté como la posible divinidad semita a la que se le rendía culto, una idea que algunos autores han mantenido en base al estudio de la cerámica tipo Carambolo (Buero, 1984, pp. 345-364; Casado, 2003, pp. 283-298; 2015, 230-246). Posteriormente, Belén y Escacena (1997, pp. 103-131; 2002, p. 170) revitalizaron estas propuestas, alegando la existencia de un culto a betílico tras el cual se hallaría Astarté como así demostraría el exvoto que, presumiblemente, se encontró en las inmediaciones de El Carambolo. Según ambos autores, las estructuras del Carambolo Bajo y la excepcionalidad de los materiales documentados abogarían por tal hipótesis. Además, apuntaron al fondo de cabaña del Carambolo Alto como un *bothrós* o fosa que contenía los desechos de estas prácticas rituales relacionadas con dicha divinidad oriental. No obstante, la hipótesis predominante en la historiografía ha sido tradicionalmente la del ámbito doméstico (Almagro, 1977, pp. 140-141; 1996, pp. 33-34; Torres, 2002, pp. 273 ss.; Delgado, 2005, pp. 585-594; Aubet, 2009, pp. 268, 279, 291-293; entre otros.).



Figura 5. Detalle de los siete sellos conservados y cadenilla del octavo (Reproducción en el MAN, foto de autor).

Las excavaciones efectuadas en El Carambolo desde el año 2002 han ofrecido una serie de estructuras y materiales que han sido interpretados por sus arqueólogos como la evidencia de un templo fenicio dedicado a Astarté y Baal (Fernández Flores y Rodríguez, 2005a, pp. 843-862; 2005b, pp. 863-871; 2007; Escacena *et alii*, 2007, pp. 5-28; Escacena, 2010, p. 111), un entorno sacro relacionado con *Spal* (Sevilla) e identificado con el *Fani Prominens* de la *Ora Maritima* de Avieno (Escacena *et alii*,

2007, p. 6; Escacena, 2010, p. 113). No obstante, antes de la fundación del complejo monumental, sus excavadores sitúan unas fases previas que oscilan entre el Calcolítico Final y el Bronce Medio (Fernández Flores y Rodríguez, 2005a, p. 846; Escacena *et alii*, 2007, p. 7). Después, tras un probable hiato, el entorno vuelve a poblarse allá por el siglo X-IX a.C. (Fernández Flores y Rodríguez, 2007, p. 87).



Figura 6. Detalle de los siete sellos conservados y cadenilla del octavo (Reproducción en el MAN, foto de autor).

A partir del siglo IX, por tanto, se produce el desarrollo de un complejo edificio de carácter religioso que cada vez va adquiriendo una mayor complejidad arquitectónica (Fernández Flores y Rodríguez, 2007, p. 87-178). De las cinco fases que se han registrado, destacaría El Carambolo III (primera mitad del siglo VII a.C. Fig. 3), ya que es en este contexto en el que los autores sitúan el “fondo de cabaña” excavado por Carriazo. Para sus excavadores, el supuesto fondo correspondería a una fosa con sección en “U” en la que se verterían los materiales rituales empleados en el santuario, de ahí la ausencia de paredes y otros elementos que dedujeran un contexto de habitación (Fernández Flores y Rodríguez, 2005a, p. 854). Es precisamente en este momento (Carambolo III, Fig. 3), cuando el supuesto santuario experimenta su periodo de máximo esplendor, distinguiéndose dos estancias que han sido interpretadas como las capillas en las que se profesaba culto a Astarté y Baal en base a la orientación del edificio hacia la salida del sol en el solsticio de verano (Fernández Flores y Rodríguez, 2005b, pp. 869-879). La consagración a ambas

divinidades ya quedaría patente en la fase IV, donde además se documentó un importante volumen de material litúrgico en fosas rituales que serían similares a la del Carambolo Alto (fase III) (Escacena *et alii*, 2007, pp. 5-28).

Estas posturas que defienden la vinculación de las distintas fases constructivas del Carambolo al ámbito cultural fenicio han sido duramente criticadas por algunos autores. Estos autores señalan las nuevas interpretaciones como una teoría que aparentemente encaja bien con las evidencias arqueológicas, aunque un análisis crítico de las mismas supone un serio problema a la hora de sustentar el edificio teórico que se ha construido. Así, para Buero y Fernández Gómez (2010, pp. 72-102) hablar de un santuario dedicado a una divinidad semita sería excesivo, alegando unas mayores dosis de intuición en la catalogación de las últimas estructuras exhumadas como tal que en la adscripción del tesoro del Carambolo a la cultura tartésica por Carriazo. Entre los argumentos que se oponen a ello destaca la ausencia de cerámica pintada orientalizante, que ha permitido identificar espacios sagrados como Montemolín, Carmona, Cabra, Lora..., o la presencia de restos óseos de suidos, animal inconcebible dentro de la ritualidad fenicia por su carácter repulsivo. También se ha criticado la titularidad del supuesto santuario, ya que el descubridor del exvoto afirmó taxativamente el hallazgo de la pieza fuera de las inmediaciones del Cerro del Carambolo (Fernández Gómez, 2011: 53-76. Fig. 6). Pese a todo, ambos autores no niegan la posible existencia de un entorno sacro dedicado a una divinidad asimilable a Astarté, aunque les cuesta admitir que las estructuras sacadas a la luz en los últimos años formen parte de un santuario fenicio dedicado a Astarté y Baal.



Figura 7. Brazalete de El Carambolo (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

Por otro lado, ante la postura de una inexistente fase de ocupación indígena entre el Bronce Medio y el Carambolo V (s. IX), se ha pronunciado recientemente Torres (2016. pp. 76-94) quien ha detectado una secuencia estratigráfica bajo la fosa de vertido correspondiente al Carambolo III (“fondo de cabaña”) y bajo el edificio del Carambolo V. Dicha secuencia muestra una serie de materiales correspondientes a la fase I del Bronce Final definida por Ruíz Mata, por lo que sería insostenible seguir manteniendo la idea de que los fenicios fundaron un santuario en un territorio sin ocupación previa como afirmaron Escacena *et alii* (2007, p. 7). Por todo ello, Torres (2016 p. 90) niega que la población que habitó el Carambolo fuese de origen fenicio, una realidad que se constata no sólo en la existencia de esta fase sino en la forma en que los alimentos se elaboraron, totalmente ajena a las costumbres fenicias.



Figura 8. Pectoral decorado con rosetas y semiesferas (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

Desde una perspectiva postcolonialista, la cual huye del concepto “aculturación” por implicar una pasividad de las poblaciones autóctonas al presentarlas como meras receptoras de unas influencias externas, Ana Delgado (2010, pp. 1-14) ha reivindicado el papel de las poblaciones indígenas en El Carambolo. Critica que la constatación de una arquitectura, objetos y cultos de raíz oriental haya silenciado a las poblaciones locales aún cuando la mayor parte de la cerámica documentada remite a formas y tecnologías del Bronce Final. Además, es necesario contemplar la constatación de nuevas formas nacidas al calor del hibridismo que estas poblaciones experimentan como consecuencia del contacto con las poblaciones orientales desde finales del II milenio. Dicha autora también recalca que el complejo monumental se edificó sobre un sustrato previo cargado

de sacralidad. En su estudio de El Carambolo critica la euforia a la hora de catalogar el entorno como un santuario fenicio en base a los materiales documentados, obviándose que el grueso cerámico es de tradición local y que remite a prácticas comensales que señalarían al Carambolo como un lugar en el que los líderes políticos o grupos domésticos se reunirían y consumirían grandes cantidades de alimentos. Dicha interpretación se adaptaría mejor a las características arquitectónicas exhumadas, a la gran cantidad de fauna y al hallazgo de cerámicas de diverso origen y procedencia.



Figura 9. Pectoral decorado con esferas de diverso tipo (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

EL TESORO DE EL CARAMBOLO

TECNOLOGÍA

Hubo autores que presentaron el conjunto áureo, formado por 21 piezas de 2392 gr de oro de 24 quilates, como la obra de un mismo taller peninsular alegando una supuesta uniformidad tecnológica y material (Carriazo, 1969, pp. 335, 338; 1973, pp. 125-127; Pingel, 1992, p. 116; Caballos y Escacena, 1992, p. 60). En el tesoro se evidenciaron desde el primer momento técnicas y decoraciones mediterráneas que supondría la cercanía de los orfebres a las modas orientales, aunque siempre se admitió la impronta indígena que haría del tesoro una obra cargada de originalidad (Kukahn y Blanco, 1959, pp. 41-42; Caballos y Escacena, 1992, p. 65). Esta esencia indígena se concretó siempre en la presencia de elementos propios de la orfebrería del Bronce Final en los brazaletes (Figs.

6 y 7) (Kukahm y Blanco, 1959, p. 42; Blázquez, 1975, p. 142; 1983, p. 40), ejemplos de hibridismo al confluir en ellos tradiciones indoeuropeas y mediterráneas (Bendala, 1991, p. 28; 2000, p. 86) que es lo que definía a la cultura tartésica a partir del análisis de Maluquer como ya se apuntó (*vid. Supra*).

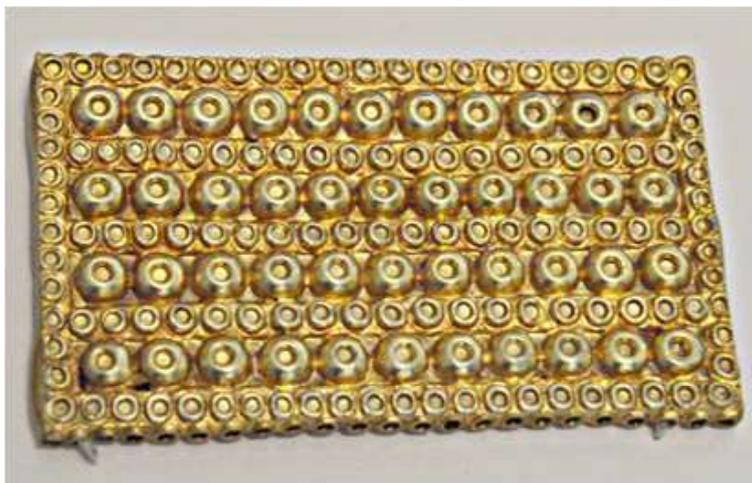


Figura 10. Placa decorada esferas rehundidas (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

Desde los años ochenta la investigación arqueológica ha incidido en los estudios arqueometalúrgicos, los cuales no sólo indagan en aspectos tecnológicos que tienen que ver con la elaboración de los objetos metálicos, sino también en las implicaciones socio-económicas y culturales que conllevan como la transmisión de los conocimientos tecnológicos de un periodo a otro (De la Bandera *et alii*, 2010, p. 302). Dentro de esta tendencia se encuadra una obra clave en el estudio tecnológico del tesoro de El Carambolo. Se trata del artículo de Perea y Armbruster (1998, pp. 121-138), un trabajo en el que se presentó el tesoro como el representante de un nuevo horizonte tecnológico que fusiona la tradición de la orfebrería del Bronce Final (en concreto el horizonte Villena-Estremoz) con las aportaciones mediterráneas, a excepción del collar que muestra en estado “puro” los elementos de la orfebrería mediterránea (Fig. 4). Esta consideración tecnológica se ha tenido en cuenta en la mayor parte de las obras que han valorado el tesoro (Torres, 2002, pp. 236-237; Blanco, 2005, pp. 1225-1226; Galán y Barril, 2009, p. 38; Delgado, 2010, p. 5; De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 315-316 entre otros). Así, se ha establecido la existencia de una orfebrería tartésica, caracterizada por esta hibridación, que ocupó los siglos VIII-VI a.C. (Perea y Armbruster, 1998, p. 133). Dicha valoración parece lógica si se tiene en cuenta que antes y después de esta franja cronológica se desarrolló una orfebrería peninsular autóctona, influida por corrientes culturales diversas, por lo que sería absurdo señalar un vacío de conjuntos locales en el Periodo Orientalizante para colmarlo de producciones exclusivamente coloniales (Blanco, 2005, pp. 1225-1230).

Aunque el tesoro se ha valorado como un conjunto homogéneo y coherente desde el punto de vista morfológico, a excepción del collar que se añadirá después (Perea, 2005, p.1081), se diferenciaron cuatro orfebres que, menos el que realizó sólo el collar (única pieza importada, Fig. 6), conocían el lenguaje morfológico del ámbito Villena-Estremoz (Perea y Armbruster, 1998, p. 131). Aunque todos tendieron hacia un lenguaje decorativo de corte mediterráneo (rosetas, lingote chipriota de los pectorales), hubo motivos como las tiras de púas o las semiesferas que remiten a las formas decorativas del Bronce Final. Atendiendo al distinto tratamiento de las púas, se concluyó que el orfebre que realizó las placas no realizó los brazaletes, evidenciándose con ello dos talleres o la convivencia de artesanos de distinta formación en un mismo taller (Perea, 2005, pp. 1083-1084).



Figura 11. Placa decorada con esferas, rosetas y bandas de púas (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

Dentro de esta tendencia también se inscribe el estudio arqueometalúrgico de Ontalba *et alii* (2002, p. 176-181), el cual, mediante la técnica XRF, permitió conocer la composición y proporción de oro, plata y cobre en cada una de las piezas. Así, se diferenció un grupo (grupo 1) formado por un pectoral (Fig. 9) y el juego de ocho placas con polo rehundido (Fig. 10) con una proporción del 96% de oro, 2,3% de plata y 1,5% de cobre. Un segundo grupo (grupo 2), compuesto por las otras ocho placas (Fig. 11), los dos brazaletes (Figs. 6 y 7) y el otro pectoral (Fig. 8) muestran unos índices del 93,8% de oro, 4,3% de plata y 1,9% de cobre. Un tercer y último grupo lo representaría exclusivamente el collar (Fig. 4), con un 91,5 % de oro, un 5,7% de plata y un 2,7% de cobre. No obstante, en la misma pieza se detectan diferencias en la proporción de los metales, como por ejemplo los grandes niveles de plata en los extremos tubulares y en la placa de suspensión de uno de los pectorales (Fig. 9). Teniendo en cuenta este criterio de composición, y no sólo el tecnológico (Perea y Armbruster, 1998, p. 131), se ha postulado por un mismo orfebre para las piezas del grupo 1 y dos para las del grupo 2, cada uno encargado de realizar una parte concreta de la pieza. Con ello se daría respuesta a la confluencia de

dos técnicas coetáneas en una misma pieza, en la cual cada uno de los orfebres dejaba impresas sus capacidades. Todo ello debió desarrollarse en un taller dependiente del supuesto templo, entre mediados-finales del siglo VIII a.C. y mediados del VI a.C., donde artesanos indígenas y orientales colaborarían conjuntamente y de forma organizada bajo la supervisión de un jefe-orfebre de origen oriental. Ello crearía el caldo de cultivo idóneo para la modificación de los conocimientos y estilos de unas generaciones de orfebres autóctonos formados en las técnicas e iconografía de la orfebrería del Bronce Final, a excepción del autor del collar que debió trabajar en un taller oriental o colonial (De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 317-320).

Estas diferencias en los niveles de los distintos metales, unido al empleo de tecnologías que hunden sus raíces en el Bronce Final y el mundo mediterráneo, han evidenciado una heterogeneidad en la tecnología, elaboración y decoración, invalidando así la hipótesis de la uniformidad morfoestilística del conjunto. Dicha heterogeneidad, que no será expuesta de forma detallada³, caracterizó a cada uno de los tres grupos antes señalados (De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 306-309).



Figura 12a. Detalles de la decoración de los pseudosellos del collar (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

En los último años se han aportado pruebas más que suficientes para demostrar que desde las postrimerías del Bronce Final se está acogiendo una tecnología que remite a círculos culturales del Mediterráneo oriental, una tecnología como la cera perdida, la soldadura, técnicas rotatorias... cuyo dominio implica un contacto directo entre el maestro y el aprendiz. Es por ello por lo que Ruíz-Gálvez (2014, pp. 162-180) ha propuesto la

3. Una síntesis reciente puede encontrarse en De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 206-316.

llegada de artesanos orientales en estos contextos indígenas del Bronce Final (1250-750 a.C.), de ahí el dominio de todas estas técnicas orfebres en el conjunto de Villena o el hallazgo de cerámicas a torno antes de la implantación de los fenicios en el siglo IX a.C. Según esta investigadora, dichos artesanos facilitarían las transacciones entre los comerciantes orientales y las élites indígenas, las cuales adquieren una serie de elementos estéticos de corte oriental para legitimar y visualizar su estatus como así constatan las estelas de guerrero.



Figura 12b. Detalles de la decoración de los pseudosellos del collar (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

Por tanto, aquello que parece constatar el tesoro del carambolo, que no sería sino la amalgama de dos ámbitos tecnológicos de diferente origen, no es algo que surja de la nada sino que cuenta con una fase previa en la que incluso es probable que existiera un desplazamiento físico de artesanos orientales hacia los confines del Mediterráneo. El problema del tesoro es que se documentó en un entorno que se ha relacionado con Tartessos y que no ha ofrecido, hasta el momento, un conjunto equiparable al de Villena en el que esta convivencia entre artesanos de distinto origen ha quedado patente antes de la llegada de las poblaciones fenicias. Además, el tesoro de El Carambolo muestra una iconografía eminentemente oriental, a diferencia de la orfebrería del Bronce Final que deja notar la presencia foránea en aspectos como la tecnología, el peso..., ya que el ambiente cultural fue diverso y la influencia oriental fue mucho más intensa a partir de comienzos del siglo VIII a.C.

Lo interesante del tesoro de El Carambolo es la perpetuación de un ámbito tecnológico del Bronce Final en contextos del Orientalizante. Este ámbito tecnológico, que avala la existencia de una orfebrería orientalizante o tartésica, mostraría una evidente tradición autóctona que sufrió un proceso de hibridación al confluir en ella aspectos morfoestilísticos de raíz oriental. Nos hallamos, por tanto, ante una evidencia arqueológica que define perfectamente la esencia de lo tartésico, es decir, de las pervivencias autóctonas amalgamadas con elementos orientales para dar como resultado algo nuevo y original que no tiene que ver con lo anterior o lo puramente fenicio.



Figura 12 c. Detalles de la decoración de los pseudosellos del collar (Reproducción expuesta en el MAN, foto de autor).

GRUPOS, FUNCIONALIDAD Y SIMBOLOGÍA

Para Carriazo (1969, p. 335; 1973, pp. 125-127, Fig. 88) eran piezas destinadas a un único hombre de condición regia o sacerdotal según los paralelos iconográficos que ofrecían algunas terracotas chipriotas y fenicias (Fig. 14), aunque siempre se mostró contradictorio al diferenciar dos grupos o “aderezos” (Carriazo, 1973, p. 128). Dicho personaje, nunca femenino, gozaría de un extraordinario poder y riqueza. Esta interpretación no fue aceptada por Kukahn y Blanco (1959, p. 38-40) quienes distinguieron dos portadores y, por tanto, dos conjuntos en base a los motivos iconográficos que componen la decoración. Un primer grupo, con hileras de rosetas, lo formaba un pectoral (Fig. 8), dos brazaletes (Fig. 6 y 7) y ocho placas de dos tamaños distintos (Fig. 11). Un segundo, formado por el otro pectoral (Fig. 9), el collar (Fig. 4) y ocho placas con la misma forma (Fig. 10), presentaría semiesferas y anillos planos como principal recurso que, sin embargo, configuran un esquema similar al anterior. De este segundo grupo

puntualizaron la excepcionalidad en la decoración del collar (Fig. 12), una decoración de filiación oriental ajena a la que caracterizaba al resto de piezas del tesoro (motivos florales o rosetas de cuatro pétalos). La diferenciación de estos dos grupos, en base a los criterios decorativos apuntados, fue generalmente aceptada por varios autores (Blázquez, 1975, p.140; 1983, p. 39; Bendala, 1991, p. 28; Caballos y Escacena, 1992, pp. 60-62).

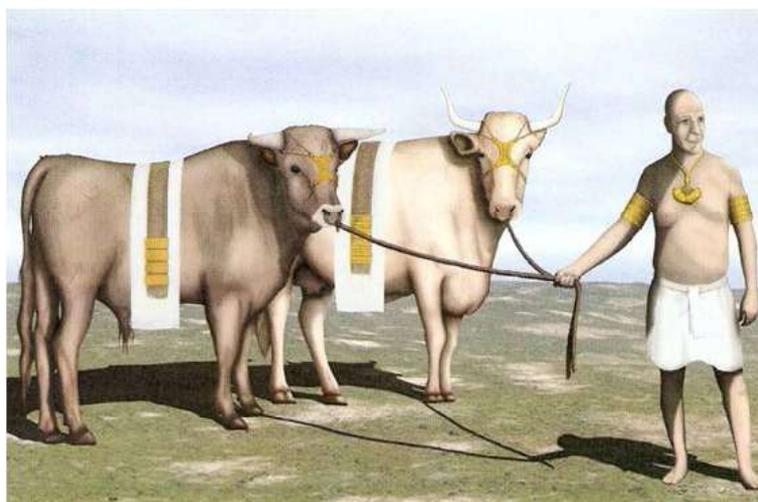


Figura 13. Interpretación de Escacena y Amores (2011, Fig. 35).

El carácter regio de las piezas, aunque no por ello exento de una función simbólico-ritual, ha sido mantenido por autores como Almagro-Gorbea (1996, pp. 59, 62, 76) según su idea de una monarquía sacra durante el Periodo Orientalizante. En este sentido, cabría destacar la posibilidad de una colaboración institucional gestionada desde el poder (Perea y Armbruster, 1998, p. 134). Dicho poder encargaría al taller los brazaletes, las placas y los pectorales, observándose en todos ellos una relación maestro-aprendiz que evitaría incluir al tesoro en un contexto de mercado (Perea, 2005, p. 1084), una idea ya contemplada por Blázquez (1975, p. 142) cuando señalaba al tesoro como una obra de un taller andaluz cuyos orfebres trabajaban para una élite indígena con gustos orientales. De este modo, es muy probable que esa posible llegada de artesanos orientales a Occidente durante el Bronce Final que antes se apuntó, se reprodujera también en el Periodo Orientalizante bajo una regulación institucional de carácter político o religioso. Al respecto, y teniendo en cuenta la interpretación del complejo edilicio de El Carambolo como santuario, se ha apuntado recientemente la posible existencia de un taller dependiente del poder religioso que allí residía, un entorno en el que convivieron orfebres de origen oriental e indígena bajo la dirección de un maestro oriental (De la Bandera *et alii*, 2010, p. 319).

La documentación escrita arroja pocas luces al respecto, no sólo por su escasez sino por la continua alusión a ambientes mitificados. No obstante, y teniendo en cuenta todas estas limitaciones, se deduce del relato de Heródoto (I, 163) sobre Argantonio una estrecha relación entre este y los comerciantes foceos a quienes invita a instalar su

emporio en Tartessos. Por tanto, no sería difícil imaginar una relación estrecha entre los monarcas fenicios y las jefaturas o autoridades religiosas tartésicas con el fin de facilitar las transacciones comerciales entre ambos, sobre todo si se tiene en cuenta la presencia de un gran número de elementos de prestigio de origen fenicio en los túmulos tartésicos que atestiguan intensas relaciones comerciales.

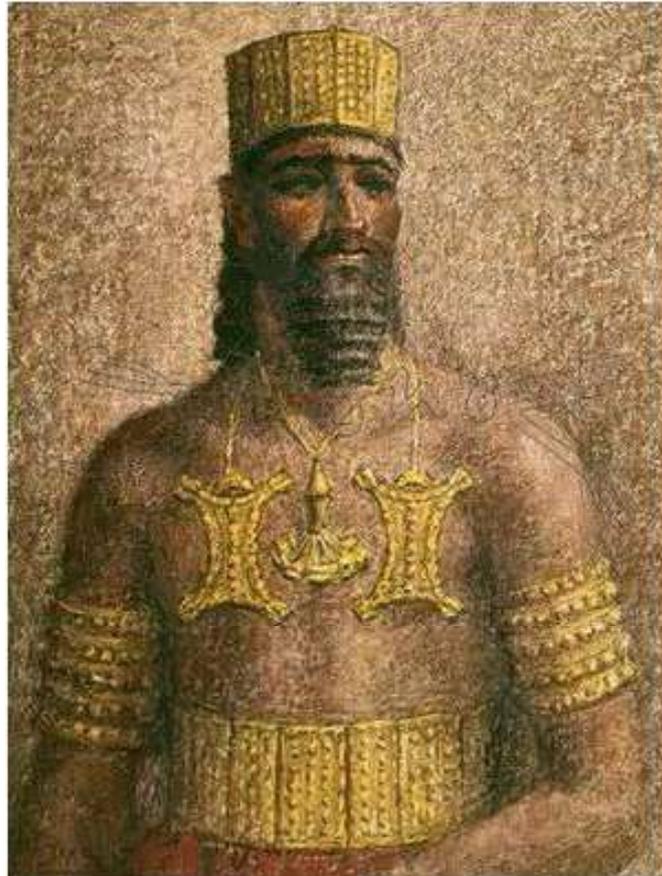


Figura 14. Interpretación de Carriazo (1973, Fig. 88).

Así, es probable que, en ese contexto del Orientalizante en el que la orfebrería se establece como un medio de distinción social, política y religiosa (Galán y Barril, 2009, p. 33), los reyes fenicios hubiesen enviado artesanos de la metrópoli con el fin de estrechar alianzas o garantizar un clima de cordialidad en aquellas tierras que estaban colonizando, sobre todo si se tienen en cuenta unas tensiones en el ámbito del oro que podrían reflejar las tensiones político-económicas entre el poder colonial y el indígena (Perea, 2005, p. 1078). Este relativo esfuerzo por parte de la monarquía fenicia cobraría sentido si se tiene en cuenta el beneficio que para ellos suponía no sólo la explotación metalífera que reflejan las fuentes escritas y arqueológicas, sino también el mercado desigual que habían establecido en la Península Ibérica. Estos artesanos de origen fenicio, valorados como

“regalos diplomáticos”, probablemente pasaron a formar parte de los talleres de alguna jefatura poderosa con un papel predominante en las gestiones de los productos explotados y dedicados al comercio con los fenicios, unos talleres en los que interactuaron con orfebres locales que recogían un bagaje tecnológico que remite al Bronce Final. De hecho, Blanco (2005, pp. 1225-1230) apuntó que el tesoro fue el resultado de la interacción de ambas tradiciones tecnológicas en un mismo taller, reconociendo con ello la asimilación de conocimientos tecnológicos diversos en varios orfebres como consecuencia de dicha relación.

Otros autores, sin embargo, se inclinan hacia la casta sacerdotal como portadora de tan sublime tesoro. Es el caso de Blázquez (1975, p. 142; 1983, p. 39-40) quien, en base a los dos grupos distinguidos por Kukahn y Blanco (1959, pp. 38-40), los atribuye a un sacerdote y a una sacerdotisa de Astarté. Dicha postura no invalidaría la anterior ya que es bien conocido el papel sacerdotal que ejercieron algunos reyes en Oriente (Frankfort, 1948). Además, sabemos que el oro se reservó para los reyes cuando fueron divinizados o ejercían funciones sacerdotales (Escacena y Amores, 2011, p. 135), unas funciones que se han contemplado para el caso de la monarquía tartésica a partir del hallazgo de toda una serie de objetos funerarios cargados de sacralidad como las paletas de unguir ebúrneas (Almagro Gorbea, 1996; 2004, pp. 1-23). Muchos de estos objetos hallados en túmulos tartésicos eran de orfebrería, un ámbito tecnológico asociado al mundo indígena (Jiménez, 2004, pp. 211, 218) y relacionado con la legitimación política o religiosa en esa función de visualizar al líder (Perea, 2005, p. 1078).

También hay quienes han propuesto la posible existencia de estatuas de culto que quedarían ataviadas con las 21 piezas, una costumbre que se atestigua en las culturas orientales e ibérica posterior (Bendala, 1991, pp. 28-30; 2000, p. 87; De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 328-329).

Sea como fuere, se trata de un conjunto con una enorme carga simbólica, siguiendo la tónica de acorde la orfebrería orientalizante que, a diferencia de la toréutica, parece evidenciar una mayor seriación por acoger un mayor número de motivos con un fuerte contenido simbólico (Jiménez, 2004, p. 213). Además, el lugar en el que fue depositado contó con una trayectoria amplia (Carriazo, 1969, p. 338; Maluquer, 1994, p. 22; Perea y Armbruster, 1998, p. 136), una idea que recientemente se ha corroborado ante la existencia de una fosa previa con materiales cerámicos del Bronce Final I de Ruíz Mata (Torres, 2016, pp. 76-94).

De entre los motivos simbólicos destaca el lingote chipriota que reproducen los pectorales (Figs. 8 y 9), el cual ha sido relacionado con los amuletos en forma de reloj de arena de los campos de urnas, algunas formas de algunos frescos neosirios o la forma de piel de buey extendida (Kukahn y Blanco, 1959, p. 42). Al respecto, Escacena (2010, pp. 124-125) ha reivindicado el uso del término “piel de toro” para las joyas en cuestión y los altares con dicha forma, dado que la divinidad exigía un animal completo y rebosante

de fertilidad, unas características que no contempla el castrado buey. Otro de los temas escogidos fue la roseta, un motivo que en Oriente se relacionó con la realeza (Seidl y Krebernik, 2008, pp. 442-447) y que en el Mediterráneo identificó a una diosa femenina. Para el caso fenicio se trata de Astarté (Belén y Escacena, 2002, pp. 174-176), una diosa con la que se han relacionado toda una serie de objetos rituales en los que parece representado este símbolo. Los ejemplos de roseta que se han vinculado con Astarté-Tanit suelen presentar ocho pétalos, como la posible versión esquematizada del cuenco de cerámica gris que Carriazo halló en el “fondo de cabaña” o el *píthos* de Carmona (*Ídem*, 2002, Figs. 7 y 9). También se documentan rosetas de cuatro pétalos en los sellos del collar (Fig. 12) (Kukahy y Blanco, 1959, p. 46), interpretados como flores de loto, o la posible representación de la montaña sagrada en la decoración de uno de los pectorales (Fig. 9) a partir de semicírculos superpuestos (De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 321-322).

Otro aspecto que también ha ocasionado debate entre los investigadores ha sido la forma de portar las distintas piezas que conforman el tesoro. De los brazaletes y el collar hubo poco que aclarar, ya que su funcionalidad es más que evidente (Figs. 13, 14). El problema reside más bien en las placas y en los “pectorales”. Ya Kukhan y Blanco (1959, p. 42 Fig. 13) ofrecieron paralelos iconográficos y arqueológicos de origen fenicio-chipriotas para avalar su teoría de que las placas pertenecían a una corona, de ahí la distinta anchura en las dos series. Por su parte, Carriazo (1969, p. 336; 1973, Fig. 88) opinaba que un juego de placas pertenecía a un cinturón, otro a una corona y los brazaletes, el collar y los pectorales irían en su lugar lógico como así mostraba el asita en uno de ellos (Fig. 14). La consideración de pectorales y corona ha sido compartida por otros autores, aunque es probable que por los tubos de los pectorales se introdujeran cuerdas para ajustarlo al cuerpo (sin usar las anillas). También se ha barajado la idea de un cinturón, pulsera o brazaletes para los dos juegos de placas (De la Bandera *et alii*, 2010, pp. 324, 327).

Últimamente se ha valorado mucho la propuesta que en su día ofrecieron Amores y Escacena (2003, pp. 41-68), una interpretación que ya se barajaba desde hace tiempo (Caballos y Escacena, 1992, p. 66) y que, pese a las críticas, es la que se expone en el Museo Arqueológico de Sevilla y el Museo Arqueológico Nacional (Fig. 13). Esta interpretación ha sido de nuevo retomada por ambos autores (Escacena y Amores, 2011, pp. 107-41), oponiéndose a aquella hipótesis que, desde Carriazo, abogaba por un ajuar regio o sacerdotal (Fig. 14). Según esta propuesta, los brazaletes y el collar los portaría un sacerdote que conduciría a un toro y una vaca, ofrecidos a Baal y a Astarté respectivamente, hacia el sacrificio en el que las propias reses encarnarían la esencia divina que sería consumida por los fieles en una comunión con la divinidad el día del solsticio de verano. Ambos animales irían engalanados con los pectorales⁴ en sendas

4. Aunque se emplea el término “pectoral”, los autores indican el de “frontiles” acorde con la función que le otorgan en las testuces de las reses sacrificiales (Escacena, 2010: 123; Escacena y

testuces y el *dorsuale* (con las placas) se incorporaría a los lomos según se documenta en la *suovetaurilia* romana, unos atuendos que alejarían a las reses de su esencia animal para adquirir una condición divina. Para apoyar esta teoría recurrieron a fuentes romanas, algunas esculturas ibéricas, un ejemplar de cerámica púnica o la cerámica orientalizante cuya iconografía representa a animales ataviados en actitudes procesionales. Para estos autores, los dos juegos de placas y pectorales con distintos motivos explicarían sus destinatarios: la roseta a la vaca en referencia a Astarté y la esfera a Baal por su vinculación con lo solar (Amores y Escacena, 2003, p. 61). Esta asociación iconográfica hacia ambas divinidades semitas ha sido tenida en cuenta por varios autores que reconocen el destino del conjunto áureo para sus cultos (De la Bandera *et alii*, 2010, p. 325).

Esta interpretación ha suscitado duras críticas por parte de Fernández Gómez y Buero (2010, pp. 88-102), quienes denuncian la omisión de pruebas iconográficas que abogan por una interpretación diferente, como el marfil de Nimrud que representa a una mujer con placas en la cabeza a modo de corona. También, al igual que De la Bandera *et alii* (2010, pp. 323-324, 327), critican la referencia a la *suovetaurilia* romana como si ésta fuera una prueba contemporánea o estuviera relacionada de alguna forma con el mundo fenicio, señalando además que en dicha práctica los toros sólo llevaban simples tejidos a los lomos sin ningún tipo de aderezo, como placas de oro o algo similar. Alegan también la ausencia de textos bíblicos que hagan referencia a toros sacrificiales engalanados con joyas, al contrario de lo que explicita el Éxodo (28, 15-30) en la forma de cómo han de ir revestidos los sacerdotes. En este pasaje se indica que los pectorales han de ser de oro puro y deben colgarse de las hombreras. Tampoco hallan referencias iconográficas contemporáneas que corroboren la existencia de toros engalanados en marfiles, como en los cuencos de bronce fenicio-chipriotas o en aquellas imágenes taurinas que representaron a la divinidad en Oriente. Por último, también critican la obsesión por querer ver siete sellos en el collar, y así ponerlo en relación con la simbología del siete en Oriente, cuando la evidencia muestra que el collar contuvo ocho (Fig. 5) aunque el octavo se perdiera y sólo quedara la cadenilla que lo sustentó como único testimonio (Carriazo, 1969, p. 337).

CRONOLOGÍA

Kukahn y Blanco (1959, p. 47) ofrecieron el año 600 a.C. como límite máximo, dejando abierto todo el siglo VI a.C. La cronología fue dada por el collar y sus paralelos chipriotas, franja cronológica que han aceptado diversos autores (Blázquez, 1975, p. 143; 1983, p. 40; Caballos y Escacena, 1992, p. 66; Galán y Barril, 2009, p. 36). Hay quienes han concretado más el lapso temporal, como Bendala (1991, p. 28) quien lo sitúa en la primera mitad del siglo VI a.C. Pero, tal y como observaron Perea y Armbruster (1998,

Amores, 2011: 130). Otros autores (De la Bandera *et alii*, 2010: 310, nota 2) prefieren denominarlos “colgantes piel de toro” atendiendo a la forma de la joya, no a la funcionalidad de ésta.

p. 136), estas precisiones cronológicas se realizaron en base a los paralelos con el collar, la única pieza importada. Por ello, y en base a los criterios tecnológicos que ofrecían el resto de piezas, aventuraron una fecha de la primera mitad del siglo VII a.C., situando el siglo VI a.C. como el momento de ocultación.

Hay autores que incluso señalan un siglo VIII a.C. (Torres, 2002, p. 237) como el momento de su fabricación, siguiendo aquella idea de que el tesoro es el resultado de la convivencia entre dos ámbitos tecnológicos que revelan el trabajo conjunto entre orfebres orientales e indígenas (Perea y Armbruster, 1998, p. 133), una realidad que, como se ha visto, se retrotrae incluso al siglo XIII a.C. Al respecto, cabría destacar la cadenilla que se documentó en la UE 1022 de la fosa 2625 correspondiente al Carambolo IV, fase fechada entre mediados/finales del siglo VIII y el tránsito entre el siglo VIII-VII a.C. (Fernández Flores y Rodríguez, 2007, p. 109, Lam. 8), aunque la fecha correspondiente al basurero se concretó a mediados del siglo VIII a.C. (Escacena *et alii*, 2007, p. 18). Dicha cadenilla comparte paralelismos con aquellas de las que penden los sellos del collar, por lo que podrían estimarse aproximaciones cronológicas para el caso del collar que, en todo caso, ha de considerarse siempre como una importación. Esta unidad estratigráfica reposa sobre la UE 1064 en la que se halló un fragmento de *scifo* del Geométrico Medio II Ático fechado hacia el 780-760 a.C. (Escacena *et alii*, 2007, p. 16), ofreciendo con ello una fecha posterior para la cadenilla y, posiblemente, del collar.

De la Bandera *et alii* (2010, pp. 310, 317, 320), han reconocido la dificultad a la hora de fijar una cronología. Para el collar presentan paralelos con las terracotas chipriotas del periodo Geométrico al Arcaico en Kuklia-Palaiphos y Asos, aunque el esquema del mismo remite a la orfebrería chipriota, griega y etrusca de los siglos VII-VI a.C. No obstante, los pseudo-sellos (Figs. 5 y 12) derivan de los anillos giratorios con escarabeos fenicios del siglo VII a.C. Así, se ha propuesto para el collar una fecha de finales del siglo VII a principios del VI a.C. Del resto de piezas, de entre finales del siglo VIII o primera mitad del siglo VII a.C. hasta su ocultación en el VI a.C., puede precisarse una mayor antigüedad para el grupo 1 que para el grupo 2 en base al empleo de una aleación característica del grupo 2 en una posible restauración del pectoral del grupo 1.

La ocultación se ha situado a finales del siglo VI o principios del siglo V a.C., momento que coincide con el fin del apogeo del mundo tartésico y el abandono de El Carambolo (Belén y Escacena, 1997, p. 114). Esta práctica respondería a la tónica general de la orfebrería orientalizante, la cual se oculta en momentos de crisis sociales formando tesoros o tesorillos (Galán y Barril, 2009, p. 34). Recientemente se ha concretado la fecha en el primer cuarto del siglo VI a.C., coincidiendo con la fase II de El Carambolo (Escacena y Amores, 2011, p. 116).

REFLEXIONES FINALES

Parece claro que el tesoro del Carambolo fue, a excepción del collar, una obra de arte salida de uno o varios talleres tartésicos en el que confluyeron dos ámbitos tecnológicos, uno mediterráneo y otro autóctono de raíz atlántica. Así lo evidencia su análisis tecnológico (Perea y Armbruster, 1998, pp. 121-138), el cual ejemplifica perfectamente la esencia de la cultura tartésica al imprimirse una influencia oriental que, combinada en perfecta armonía con el sustrato indígena, da como resultado un nuevo horizonte cultural cargado de originalidad. Su origen tartésico se potencia, entre otros aspectos, por el comportamiento diferencial que experimenta la orfebrería con respecto a la eboraria y la toréutica, la primera vinculada mayoritariamente al mundo indígena mientras que los restantes se asocian más a contextos coloniales (Jiménez, 2004, pp. 211, 218).

El conjunto áureo se sumará a otras producciones del Periodo Orientalizante que se desarrollarán entre el siglo VIII y el VI a.C., como el tesoro de la Aliseda. Sin embargo, ambos son de naturaleza y producción diversa ya que el primero salió de un taller extremeño para acompañar a un difunto (Almagro, 1977, pp. 204-221), mientras que el tesoro de El Carambolo fue elaborado en un taller del sur, probablemente de El Carambolo, y debió ir destinado un alto dignatario de probable carácter religioso. No obstante, ya se apuntó que en Oriente la roseta estuvo muy vinculada a la monarquía y al poder político (Seidl y Krebernik, 2008, pp. 442-447), por lo que el poseedor de tan valorado tesoro pudo ser un jefe político que, en el contexto de El Carambolo como un posible espacio en el que los líderes políticos se reunían para la toma de decisiones en un ambiente de comensalidad (Delgado, 2010, pp. 1-14), pudo portar las joyas como medio de visualización de poder. Este líder político, que debió ejercer su importante poder en los alrededores de El Carambolo, necesitó de un boato ceremonial que lo situara próximo a la esfera de lo divino como medio de legitimación política. Ello explicaría el empleo de símbolos religiosos como la flor de loto, la roseta (Astarté), la esfera (solar) y la piel de toro extendida o lingote chipriota.

Como mera hipótesis, se ha barajado la posibilidad de que este alto dignatario, residente en El Carambolo, recibiera artesanos orientales como “regalo diplomático” del poder político o religioso fenicio con el objetivo de mejorar las relaciones comerciales que, en ese momento, pudieron deteriorarse. Ello explicaría la interacción entre orfebres orientales y autóctonos, estos últimos formados en la tradición tecnológica del Bronce Final. Además, ya se ha señalado cómo varios autores han reseñado la posible existencia de un taller en El Carambolo cuya demanda vendría directamente de la institución política o religiosa que residía en el lugar (Perea y Armbruster, 1998, p. 134; De la Bandera *et alii*, 2010, p. 329). Esta hipótesis cobra fuerza si se tiene en cuenta que desde las postrimerías del Bronce Final se detecta la llegada de población oriental en ambientes locales, situación que se ha interpretado como los medios para facilitar relaciones comerciales

entre orientales y la población autóctona de la Península Ibérica (Ruíz-Gálvez, 2014, pp. 162-180). Esta situación debió institucionalizarse en el periodo Orientalizante cuando la colonización fenicia y los contactos comerciales con el Mediterráneo se consolidaron a partir del siglo IX a.C., momento a partir del cual cristalizarían unas jefaturas locales dotadas de un boato ceremonial de raíz oriental cuyos prolegómenos arrancan en el Bronce Final como así reflejan las estelas de guerrero.

El registro material de El Carambolo revela una importante actividad de la población autóctona, situación que revela la cerámica a mano con decoración bruñida o pintada tipo Carambolo entre otras. Esta población no ha sido lo suficientemente valorada, o directamente ha sido silenciada, lo que ha llevado a interpretaciones que señalan al complejo edilicio exhumado en los últimos años como un entorno de fundación y uso fenicio (Delgado, 2010, pp. 1-14). Recientemente se ha reivindicado la constatación de un sustrato previo que remite al Bronce Final I (Torres, 2016, pp. 76-94), una presencia local que perduraría en el recinto durante el Orientalizante como así reflejan los horizontes cerámicos apuntados. Por tanto, sería absurdo seguir manteniendo la idea de El Carambolo como un espacio exclusivamente fenicio y dependiente de *Spal* con el fin de ocultar lo que la evidencia arqueológica revela, que no sería sino la interacción de varios grupos sociales, entre ellos las poblaciones locales que están experimentando un complejo proceso de hibridación.

El supuesto santuario estaría dedicado a Baal y Astarté (Fernández Flores y Rodríguez, 2007), aunque hay algunos elementos que, como se ha visto, no permiten el desarrollo de un discurso lógico que se ajuste a los esquemas preconcebidos. Sí que el tesoro muestra algunas alusiones a Astarté, como la roseta o la flor de loto, claros elementos simbólicos asociados a dicha divinidad en el mundo semita (Belén y Escacena, 2002: 174-176). No obstante, se están obviando los complejos procesos de hibridación y sincretismo religioso en el que las poblaciones locales sacaron de la tradición anicónica del Bronce Final a sus divinidades para representarlas bajo los patrones estéticos y simbólicos orientales. Esta fue la tónica general durante el Periodo Orientalizante entre las poblaciones locales, siendo buena muestra de ello los ajuares funerarios en tumbas tartésicas con la representación de esta divinidad, por lo que sería pertinente tener en cuenta la presencia de esta diosa en sus concepciones religiosas. Así pues, de tratarse de un espacio sacro dedicado a una divinidad femenina, esta se trataría de la Gran Diosa del Bronce Final relacionada con la fertilidad de la naturaleza y el ciclo vital que aparece documentada en todas las sociedades agrícola-ganaderas.

Ha sido recurrente el exvoto de Astarté, supuestamente hallado en las inmediaciones del cerro, para marcar la titularidad del templo aun cuando ya se han expuesto las matizaciones al respecto (Fernández Gómez, 2011: 53-76). Efectivamente se trata de un presente fenicio dedicado a Astarté por parte de un semita. Pero esta situación no implica que la diosa que allí se venerara fuera Astarté, aunque es probable que un

fenicio la reconociera como tal por los paralelismos que compartía con la divinidad que allí se veneraba. Así, por ejemplo, se ha detectado un proceso similar en el santuario de Huelva. Aquí se han registrado una serie de grafitos griegos del siglo VI a.C., algunos inscritos sobre cerámicas autóctonas. En ellos se aluden a divinidades locales que a veces son denominadas con el término indígena, lógicamente adaptado a su fonética. Sin embargo, otras tantas son aludidas por el nombre de divinidades griegas al observarse características similares entre ésta y la divinidad local (Domínguez, 2013, pp. 18-34). Esta situación, que sería fruto de la convivencia entre griegos y poblaciones locales, podría paralelizarse a la registrada en El Carambolo con la población semita.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1977), *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Madrid.
- ALMAGRO, M. (1996), *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid.
- ALMAGRO, M. (2004), Paletas de ungrir ebúrneas hispano-fenicias. A propósito de una paleta con grifos de Medellín, *Homenaje a M. Fantar*, 1-23.
- ÁLVAREZ, M. (2010), Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el contexto de los estudios sobre Tartessos. En De la Bandera, M. L. y Ferrer, E., (Coords.), *El carambolo, 50 años de un tesoro* (pp. 53-98). Sevilla.
- AMORES, F. y ESCACENA, J. L. (2003), De toros y tesoros: simbología y función de las joyas de El Carambolo. En García-Baquero, A. y Romero, P. (eds.). *Fiesta de toros y sociedad*, 41-68. Sevilla.
- AUBET, M^a E. (1992-93) Maluquer y El Carambolo. En *Tabona: revista de Prehistoria y Arqueología*, 8 (2), Pp. 329-350.
- AUBET, M. E. (2009), *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (1997), Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental. *Spal*, 6, 103-131.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L. (2002), La imagen de la divinidad en el mundo tartésico. En Ferrer, E. (ed.) *Ex Oriente lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica, Spal monografías* (pp. 159-183). Sevilla.
- BENDALA, M. (2004), El arte en los tiempos protohistóricos. Tartessos. En *La Antigüedad. De la Prehistoria a los visigodos* (pp. 59-90). Madrid.
- BENDALA, M. (1991), *El arte tartésico*. Madrid.
- BLANCO FREIJEIRO, A., (1979), *Historia de Sevilla. I (1) La ciudad antigua (desde la Prehistoria hasta los visigodos)*. Sevilla.
- BLANCO, J. L. (2005), Joyería orientalizante: El espejo de los dioses. *El Periodo Orientalizante, vol II- AEspA*, XXXV, 1225-1230.

- Blázquez, J. M^a. (1975), Orfebrería. El tesoro de El Carambolo. En *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (pp. 138-140). Salamanca.
- BLÁZQUEZ, J. M^a. (1983), *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*. Tomo II. Madrid.
- BUERO, M^a S. (1984), Los motivos naturalistas en la cerámica pintada del Bronce Final del Suroeste Peninsular. *Habis* 15, 345-364.
- CABALLOS, A. y ESCACENA, J. L. (1992), *Tartessos y El Carambolo*. Catálogo de exposición. Sevilla.
- CARRIAZO, J. de M. (1969), El cerro del Carambolo. *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (pp. 311-340). Barcelona.
- CARRIAZO, J. de M. (1970), *El tesoro y las primeras excavaciones en "El Carambolo"* (Camas, Sevilla). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 68. Madrid.
- CARRIAZO, J. de M. (1973), *Tartessos y El Carambolo*. Madrid.
- CASADO, M. J. (2003), Reflexiones sobre la cerámica tipo carambolo. ¿Un axioma de la arqueología protohistórica del suroeste andaluz? *Spal*, 12, 107-141.
- CASADO, M. J. (2015), *La cerámica con decoración geométrica del carambolo*. Universidad de Sevilla.
- DE LA BANDERA, M. L., GÓMEZ, B., ONTALBA, M. Á., RESPALDIZA, M. Á. y ORTEGA, J. (2010), El tesoro de El carambolo: técnica, simbología y poder. En De la Bandera, M. L. y Ferrer, E., (Coords.). *El carambolo, 50 años de un tesoro* (pp. 297-334). Sevilla.
- DELGADO, A. (2005), La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía Occidental durante el Orientalizante: una lectura social. *El Periodo Orientalizante, vol II- AEspA*, XXXV, 585-594.
- DELGADO, A. (2010), Encuentros en la liminalidad: espacios sagrados, contactos e intercambios en el sur de Iberia en los inicios del I milenio a.C. En Dalla Riva, M., Di Giuseppe, H. (eds.) *Meetings between Cultures in the Ancient Mediterranean. Proceedings of the 17th International Congress of Classical Archaeology, Rome 22-26 sept. 2008* (pp. 1-14). *Bolletino di Archeologia* on line.
- DOMÍNGUEZ, A. (2013), Los primeros griegos en la Península Ibérica (s. IX-VI a.C.): Mitos, probabilidades, certezas. En Paz de Hoz, M. y Mora, G. *El oriente griego en la Península Ibérica. Epigrafía e Historia* (pp. 11-42). Madrid.
- ESCACENA, J. L., FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ, A. (2007), Sobre el Carambolo: un *hippos* sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico. *AEspA*, 80, 5-28.

- ESCACENA, J. L. (2010), El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica. En De la Bandera, M. L. y Ferrer, E., (Coords.). *El carambolo, 50 años de un tesoro* (pp. 99-148). Sevilla.
- ESCACENA, J. L. y AMORES, F. (2011), Revestidos como Dios manda. El tesoro del carambolo como ajuar de consagración. *Spal*, 20, 107-141.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ, A. (2005a), Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares. *El Periodo Orientalizante, vol II- AEspA*, XXXV, 843-862.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ, A. (2005b), El santuario orientalizante del cerro del carambolo, Camas (Sevilla). *El Periodo Orientalizante, vol II- AEspA*, XXXV, 863-871.
- FERNÁNDEZ FLORES, A. y RODRÍGUEZ, A. (2007), *Tartessos desvelado*. Córdoba.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., (2011) Tras el rastro de la Astarté de El Carambolo. En *Temas de Estética y Arte*. pp. 53-76.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y BUERO, M^a. S. (2010), El problema del origen y cronología del Bronce Final-Orientalizante en Andalucía Occidental a través del fondo de cabaña de la Universidad Laboral de Sevilla. *Temas de Estética y Arte*, XXIV: 69-110.
- FRANKFORT, H. (1948), *Kingship and the Gods. A Study of Ancient Near Eastern Religion as the Integration of Society*. University of Chicago.
- GALÁN, E., y BARRIL, M. (2009), *Oro y plata, lujo y distinción en la Antigüedad hispana*. Catálogo de exposición MAN. Madrid.
- JIMÉNEZ, J. F. (2004), Orfebrería y toréutica orientalizante en la Península Ibérica. Comportamientos diferenciales. *Anejos de AEspA XXXII*, 209-219.
- KUKAHN, E. y BLANCO, A. (1959), El tesoro de El Carambolo. *AEspA*, 32, 38-49.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1957), De metalurgia tartésica. *Zephyrus*, VIII, 157-168.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1994), Excavaciones de El Carambolo, Sevilla. Notas y experiencias personales. 1958 (Ed. Facsímil). *Clásicos de la arqueología de Huelva*, 5/1992, 15-46.
- MEDEROS, A. (2010), Una trayectoria rota. Juan de Mata Carriazo, catedrático de Prehistoria e Historia de España Antigua y Media de la Universidad de Sevilla. *Spal*, 19: 61-96.
- ONTALBA, M^a A., GÓMEZ, B., FERNÁNDEZ, F., RESPALDIZA, M. A. y De la Bandera, M^a L. (2002), Análisis del Tesoro de “El Carambolo” mediante un equipo portátil de fluorescencia de rayos X. En Roldán, C. (ed.). *Ponencias del IV Congreso Nacional de Arqueometría*, 176-181.

- PELLICER, M. (1976), Historiografía tartésica. *Habis*, 7, 229-240.
- PEREA, A. y ARMBRUSTER, B. (1998), Cambio tecnológico y contacto entre el Atlántico y Mediterráneo: El depósito de El Carambolo, Sevilla. *Trabajos de Prehistoria* 55 (1), 121-138.
- PEREA, A. (2005), Relaciones tecnológicas y de poder en la producción y consumo de oro durante la transición Bronce Final-Hierro I en la fachada atlántica peninsular. *El Periodo Orientalizante, vol II- AEspA*, XXXV, 1077-1088.
- PINGEL, V. (1992), *Die Vorgeschichtlichen Goldfunde del Iberischen Halinsel*. Berlin.
- RUÍZ-GÁLVEZ, M. L. (2014), La Iberia atlántica: un umbral entre Oriente y Occidente. En Almagro (ed.) *Protohistoria de la Península Ibérica: Del Neolítico a la Romanización* (pp. 162-180). Burgos.
- SEIDL, U. und KREBERNIK, M., (2006-08), Rosette. *Reallexikon Der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie*. Vol. 11. Berlin-New York, 442-447.
- TORRES, M. (2002), *Tartessos*. Madrid.
- TORRES, M. (2016), Algunas consideraciones cronológicas sobre el yacimiento tartésico de El Carambolo. En Cuadernos do Museu da Lucerna I. *Actas da Mesa Redonda Turdetânea e Turdetanos*. Museu da Lucerna. pp.76-94.

Con el propósito de servir de punto de encuentro e intercambio de conocimientos, se desarrolló en Murcia el tercer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo (CIJIMA). Organizado por el CEPOAT de la Universidad de Murcia tuvo lugar del 7 al 8 de abril de 2016. Durante cuatro productivas sesiones se presentaron trabajos relacionados con la historia, la arqueología, el arte, la didáctica de la historia, la filología clásica, la epigrafía, el derecho o la antropología. Esta publicación recoge las comunicaciones a dicho evento.

UNIVERSIDAD DE
MURCIA



cepoAt

UNIVERSIDAD DE MURCIA
centro de estudios del
próximo oriente y la
antigüedad tardía



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

ISBN: 978-84-931372-5-0



9 788493 137250